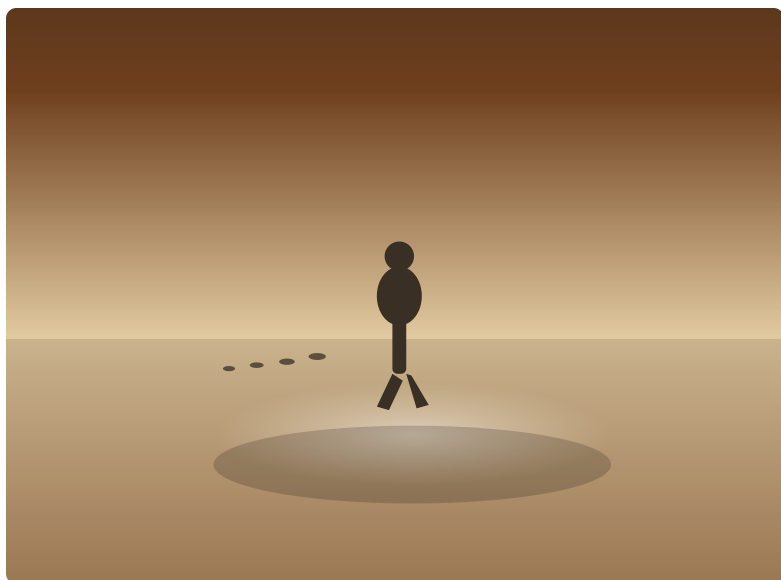




LIBRO SEMANAL — GODLIVES

El Dios que camina con los que huyen

*Dios no aparece sobre todo en la victoria:
aparece en la huida, en la duda de la noche y
en la celda.*

Escrito por José Martínez · Potenciado con IA

Dedicatoria

*Para quien cree que Dios solo se le acerca cuando
las cosas le van bien, y que en la huida, en la
espera o en la celda queda fuera de cobertura.*

*Este libro no te va a contar una sola historia que
termine en rescate. Es, si acaso, la misma
pregunta que le hicieron a una esclava
embarazada en medio del desierto: ¿de dónde
vienes y a dónde vas? No para juzgarte. Para
verte ahí donde estás, no donde quisieras estar.*



José.

«El Dios que camina con los que huyen»

Libro semanal de Godlives

Dios no aparece sobre todo en la victoria: aparece en la huida, en la duda de la noche y en la celda.

Escrito por José Martínez · Potenciado con IA.

Edición para lectura digital (EPUB / celular) e impresión bajo demanda.

Todos los derechos reservados.

Contenido

1. Prólogo

2. Carta al lector

3. Capítulo 1 — Contarle a Dios lo que todavía no tienes

4. Capítulo 2 — El Dios que me ve

5. Capítulo 3 — Dios está en este lugar, y yo no lo sabía

6. Capítulo 4 — Bendecido y cojeando

7. Capítulo 5 — Sin culpa y sin salida a la vista

8. Un paso: lo que sí puedes hacer esta semana

9. Palabra de cierre

10. Oración

11. Antes de cerrar el libro

12. Bibliografía y fuentes

Prólogo

Hay una pregunta que probablemente te haces cuando las cosas no van bien: si Dios estuvo cerca en tu mejor momento, ¿dónde está ahora, en este que no lo es?

Este libro nace de leer, uno detrás de otro, cinco pasajes de la vida de una misma familia —la de Abram, después Abraham, y sus hijos y nietos— y de notar algo que se repite con una insistencia que no es casualidad: Dios no aparece sobre todo cuando a ellos les va bien. Aparece cuando Abram todavía no tiene el hijo prometido. Aparece cuando una esclava huye sola al desierto. Aparece cuando Jacob duerme a la intemperie, huyendo de su propio hermano. Aparece en la lucha de una noche que lo deja cojo para siempre. Y aparece, sin ninguna prisa por sacarlo de ahí, en la celda de José.

Vas a leer también cinco historias de personas reales de nuestro tiempo, casi todas del mundo hispanohablante: una mujer que esperó casi ocho décadas para enterrar a su padre; otra a la que nadie le preguntó cómo estaba hasta que ya no pudo responder; un pueblo entero que salió de su casa una madrugada y veinticinco años después sigue sin volver del todo; el mayor de un grupo de mineros al que el mundo entero vio salir vivo de una mina, y que murió sin la mitad de sus pulmones; y dos hombres inocentes, presos por lo mismo que no habían hecho, de los cuales uno pasó quince años adentro y el otro murió preso antes de cumplir diez.

Ninguna de las cinco termina en rescate. Te lo digo desde el prólogo, para que no leas esperando que al final todo se acomode: no se acomoda igual para todos, y en varios de los cinco casos ni siquiera se acomoda del todo para el protagonista. Lo que sí puede pasar, si me dejas acompañarte cinco días, es que dejes de medir la cercanía de Dios por si estás en un buen momento, y empieces a buscarla también en la huida, en la noche que no elegiste y en la celda donde nadie te visita.

José Martínez

Carta al lector

Antes de seguir, quiero decirte de qué trata este libro y de qué no.

No trata de convencerte de que si tuvieras más fe, ya estarías del otro lado de lo que estás esperando. Génesis 15 —el primer día de este libro— cuenta exactamente lo contrario: a un hombre viejo, sin hijo todavía, se le cuenta la fe como justicia antes de que exista ningún resultado que mostrar. Este libro no te va a pedir que finjas que ya se resolvió lo que no se ha resuelto.

Tampoco trata de explicarte para qué te sirvió, o te va a servir, lo que estás cargando. Ninguna de las cinco historias reales de este libro tuvo un propósito pedagógico: nadie fue fusilado, ni murió esperando en una sala de urgencias, ni perdió los pulmones en una mina, ni pasó años preso siendo inocente, para que después alguien aprendiera algo con eso. Eso no lo dice el texto bíblico de ninguno de los cinco días, y este libro tampoco lo va a decir.

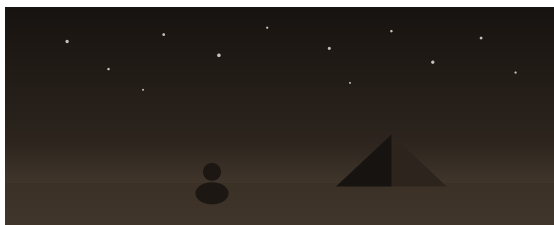
Lo que sí sostiene, con los cinco pasajes y las cinco historias que vas a leer, es esto: Dios no aparece sobre todo cuando ya te fue bien. Aparece en la huida, en la duda de la noche y en la celda donde nadie te visita, y no hace falta que llegues a ningún lugar alto para que eso sea verdad.

Un aviso, antes de empezar, porque este libro toca temas que pueden pesarte más de lo que esperas.

Antes de empezar

Este libro habla de esperar sin ver nada todavía, de sentirte invisible, de dormir fuera de un lugar seguro sin haberlo elegido, de una herida que queda después de sobrevivir algo, y de cargar una injusticia que nadie corrige. No pretende resolverte en cinco días lo que llevas cargando hace mucho. Si mientras lees reconoces en ti la sensación de que a los tuyos les iría mejor sin ti, o si la idea de no seguir se te vuelve insistente, no lo cargues solo: sigue leyendo, y en el segundo capítulo vas a encontrar la puerta que dejamos abierta para eso. Y si hoy estás huyendo de alguien que te hace daño, o lo que sientes no puede esperar ni un día más, no esperes a terminar el libro: acude ahora a los servicios de emergencia de tu país.

Vamos, entonces. Con la calma de quien sabe que este libro no te va a sacar hoy de la huida, la espera o la celda en la que estés, pero puede acompañarte mientras estás ahí.



CAPÍTULO 1

Contarle a Dios lo que todavía no tienes

¿Qué llevas esperando tanto tiempo que ya casi dejaste de nombrarlo en voz alta?

Ascensión Mendieta Ibarra nació el 29 de noviembre de 1925 en Sacedón, Guadalajara, España. Su padre, Timoteo Mendieta Alcalá, era carnicero y sindicalista de la UGT. Terminada la Guerra Civil, lo fusilaron en noviembre de 1939 y lo enterraron en una fosa común del cementerio de Guadalajara. Ascensión era una niña. Durante décadas la familia supo, por el registro del cementerio, en qué fosa estaba, y no pudo sacarlo de ahí. En 1980 llegaron a poner una lápida encima. Eso fue todo lo que consiguieron en cuarenta años.

Ningún tribunal español abrió la causa. Ninguna ley se la resolvió. Lo que finalmente movió algo fue una vía tan lejana que casi parece inventada: en 2012 un grupo de familias presentó en Argentina una querrela contra los crímenes del franquismo, amparándose en la jurisdicción universal. En 2013, con 88 años, Ascensión cruzó el Atlántico para declarar ante una jueza argentina sobre dónde estaba enterrado su padre.

El 19 de enero de 2016 empezó la primera exhumación —la primera hecha en España a petición de la justicia argentina— y no lo encontraron: el registro estaba equivocado. Los trabajos se retomaron, y la segunda excavación, cerrada el 31 de mayo de 2017, sacó los restos de una fosa común con decenas de personas. El 9 de junio de 2017 un laboratorio confirmó que uno de esos restos era Timoteo Mendieta. En julio de 2017, Ascensión y sus hijos lo enterraron en el cementerio civil de La Almudena, en Madrid. La exhumación la hizo una asociación de memoria histórica sin dinero público, financiada por un sindicato noruego.

Ascensión tuvo dos años de tener una tumba a la que ir. Murió el 16 de septiembre de 2019, a los 93, y está enterrada junto a su padre. Y aquí está lo que este capítulo necesita que no te saltes: su caso es la excepción. España sigue teniendo más de 114.000 personas desaparecidas de la represión franquista, y más de dos mil fosas comunes catalogadas. Ascensión lo consiguió. Más de ciento catorce mil desaparecidos, hasta hoy, no.

Quiero que notes algo, porque es el corazón de este primer día: en ninguna de esas casi ocho décadas Ascensión supo que lo iba a conseguir. No hubo, a mitad de camino, ninguna señal que le confirmara que valía la pena seguir pidiendo. Pidió sin pruebas, año tras año, hasta que fue una anciana pidiéndoselo a una jueza que no era ni siquiera la suya.

Mucho antes de esto, en uno de los relatos más antiguos que tenemos, hay un hombre exactamente en esa misma posición: viejo, sin heredero, y sin ninguna prueba de que lo que le prometieron vaya a cumplirse.

“Después de esto, la palabra del SEÑOR vino a Abram en una visión: «No temas, Abram. Yo soy tu escudo, y muy grande será tu recompensa». Pero Abram le respondió: —SEÑOR y Dios, ¿para qué vas a darme algo, si aún sigo sin tener hijos, y el heredero de mis bienes será Eliezer de Damasco? [..] Luego el SEÑOR lo llevó afuera y le dijo: —Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas, a ver si puedes. ¡Así de numerosa será tu descendencia! Abram creyó al SEÑOR, y el SEÑOR se lo reconoció como justicia.” (Génesis 15:1-3,5-6, NVI)

Fíjate en el orden, porque el orden es la enseñanza. Abram no calla su reclamo ni lo disfraza de conformidad: le dice a Dios, casi en su cara, que la promesa hasta ahora no le ha servido de nada, porque sigue sin lo único que le importa. Eso no es falta de fe. Es lo contrario de fingir que todo va bien cuando no es cierto. Y es justo después de esa protesta —no antes, no en lugar de ella— que llega la promesa de las estrellas.

Y luego viene la frase que sostiene todo este capítulo: «Abram creyó al SEÑOR, y el SEÑOR se lo reconoció como justicia». Eso se dice sin que exista todavía ningún hijo. La fe se cuenta en el vacío, no en el cumplimiento. El texto no premia una paciencia silenciosa que Abram, de hecho, no tuvo. Premia que se atrevió a decir la verdad de lo que le faltaba, y que, incluso diciéndola, siguió mirando el cielo que Dios le señalaba.

Si mides tu fe por si ya recibiste lo que esperas, este capítulo te pide que sueltes esa vara. No porque el resultado no importe —Abram sí quería un hijo, y Ascensión sí quería enterrar a su padre—, sino porque la fe, en el relato más viejo que tenemos sobre ella, no se mide por el resultado. Se mide por si te atreviste a decirle a Dios, en voz alta, lo que todavía no tienes, y seguiste mirando hacia arriba de todas formas.

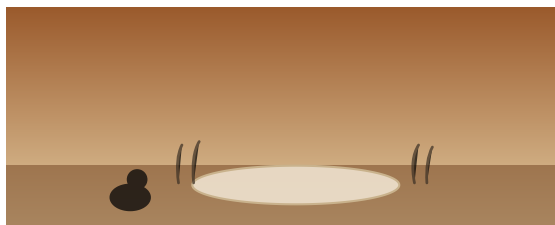
*La fe no se contó cuando llegó el hijo: se contó antes,
mirando un cielo sin ninguna prueba de que la promesa
fuera cierta.*

LA PALABRA

Génesis 15:1-3,5-6 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Qué le dirías a Dios si, como Abram, terminarás en voz alta la pregunta «¿qué me vas a dar, si...?»?
 - ¿Qué llevas esperando hace tanto que ya casi dejaste de nombrarlo en voz alta?
-



CAPÍTULO 2

El Dios que me ve

¿Hay algo de tu situación que sientes que a nadie le ha importado preguntarte de verdad?

Jeanneth de los Ángeles Beltrán Martínez era nicaragüense, había nacido en 1984 y vivía, sin papeles, en la provincia de Toledo, España. Trabajaba cuidando a un hombre mayor en su casa. Llevaba semanas encontrándose mal.

En 2012, España había aprobado una reforma que dejó a las personas migrantes en situación irregular fuera de la atención sanitaria ordinaria: podían ir a urgencias, pero no tenían médico de cabecera, y se les podía facturar la atención. Jeanneth no fue al médico. Según las organizaciones que después reconstruyeron su historia, esperaba a que le llegaran los papeles para poder ir como iba todo el mundo.

El 23 de mayo de 2014 llegó a urgencias del Hospital Virgen de la Salud de Toledo con dolores de cabeza fuertes, parálisis en la cara, vómitos y dolor en el cuerpo. Esperó más de cuatro horas sin que la atendieran. Murió allí. Semanas después, a su casa llegó una carta de la sanidad de Castilla-La Mancha pidiéndole que presentara su tarjeta sanitaria, o le facturarían aquella noche. La tarjeta era justo lo que ella nunca tuvo. La fiscalía archivó después la investigación, al no encontrar ningún indicio de delito.

Hasta aquí es la historia de una mujer invisible que murió esperando en una sala, sin que nadie —ni el sistema, ni quizás nadie a su alrededor— le hubiera preguntado de verdad cómo estaba. Lo que convierte esto en la historia de este capítulo es lo que pasó cuatro años más tarde.

Rafaela Pimentel nació en Baní, República Dominicana, en 1960, y llegó a España en 1992 a limpiar y cuidar casas ajenas, como han hecho tantas mujeres migrantes. En 2006 fundó, con otras trabajadoras, el colectivo Territorio Doméstico. El 19 de mayo de 2018, junto con la cooperativa Senda de Cuidados, presentaron el Observatorio de Derechos en Empleo de Hogar Jeanneth Beltrán, dedicado a documentar los abusos del sector: aislamiento, jornadas sin límite, despidos, desprotección. Le pusieron su nombre. Una mujer a la que nadie preguntó nada de verdad mientras vivía es hoy el nombre con el que se conocen los derechos de un sector entero en España.

En junio de 2022, el Congreso de los Diputados aprobó la ratificación del Convenio 189 de la Organización Internacional del Trabajo sobre trabajo decente para las trabajadoras del hogar, después de años de campaña en los que Territorio Doméstico fue una de las voces centrales. Y, para que este capítulo no se cierre en falso: las enfermedades propias de ese oficio —hernias, tendinitis, espaldas rotas de cargar cuerpos ajenos— siguen sin estar reconocidas, en España, como enfermedades profesionales. A Jeanneth Beltrán no la reparó nadie. Su caso se archivó. Su nombre está en un observatorio, y en ningún expediente.

Hay un relato, mucho más viejo, sobre otra mujer a la que nadie veía. Se llamaba Agar, era esclava egipcia de Saray, la esposa de Abram, y estaba embarazada de él cuando, harta del maltrato de su dueña, huyó sola al desierto.

“Allí, junto a un manantial que está en el camino a la región de Sur, la encontró el ángel del SEÑOR y le preguntó: —Agar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y a dónde vas? —Estoy huyendo de mi dueña Saray —respondió ella. [...] Como el SEÑOR le había hablado, Agar le puso por nombre «El Dios que me ve», pues se decía: «Ahora he visto al que me ve».”
(Génesis 16:7-8,13, NVI)

Fíjate en lo primero que hace el mensajero: no la corrige, no le da una instrucción. La llama por su nombre —probablemente el mismo nombre que dentro de la casa de Saray nadie usaba con ella — y le pregunta de dónde viene y a dónde va. Antes que cualquier indicación de qué hacer, hay una pregunta que busca a la persona. Y el desenlace es lo más alto de todo este libro: Agar es la única persona, en todo el relato bíblico, que le pone un nombre a Dios. No un patriarca, no un profeta. Una esclava extranjera, embarazada, huyendo sola. Y el nombre que elige no habla de poder ni de gloria: habla de haber sido vista.

Eso es lo que sostiene este capítulo, y quiero que se quede exactamente ahí, sin apurarse hacia ninguna otra cosa: a Agar la vieron antes de que existiera cualquier instrucción sobre qué hacer después. Eso sigue siendo cierto hoy, para quien siente que a nadie le ha importado preguntarle nada de verdad —usada para algo y después dejada de lado, como Jeanneth Beltrán, invisible para un sistema que decidió, por escrito, que no le tocaba médico.

Nota histórica, aparte de la lectura de hoy

En el relato original, después de encontrarla, el mensajero le dice a Agar que vuelva donde Saray y se someta a ella. Es la costumbre legal de una época donde una mujer esclava no tenía ningún otro lugar real donde sobrevivir; el texto no registra que existiera para ella una alternativa. Este libro no usa ese versículo como instrucción para hoy, y quiere decirlo con toda claridad: si en este momento estás huyendo de alguien que te hace daño, este relato no te está pidiendo que regreses. Te está diciendo algo distinto: que huyendo, como huyó Agar, no estás sola, y que hay un Dios que te ve incluso ahí. Si lo que estás viviendo no puede esperar, acude ahora a los servicios de emergencia de tu país. Y si necesitas contarle esto a alguien, escríbenos en godlives.co/necesito-ayuda: hay personas reales dispuestas a escucharte, sin que tengas que explicar nada que no quieras.

*Si lo que acabas de leer se parece a lo que sientes
Sentirte invisible —que a nadie le ha importado preguntarte
cómo estás de verdad, que te usaron para algo y después te
dejaron de lado— no es una exageración tuya, y decirlo en
voz alta tampoco es una falta de fe. Es esperable que eso
duela por temporadas, que te cueste confiar en que alguien
pregunte de verdad, que prefieras callarte antes que sentirte
usada otra vez. Pero si a esa sensación se le suma creer que a
nadie le importaría si desaparecieras, o si la idea de no
seguir se te vuelve insistente, eso ya no es algo para sostener
en silencio ni para resolver con un capítulo más. No lo
cargues solo: escríbenos en godlives.co/necesito-ayuda y
cuéntanoslo, sin que tengas que explicar nada que no
quieras. Y si hoy estás en peligro real, no esperes ninguna
respuesta: acude ahora a los servicios de emergencia de tu
país. Decirlo en voz alta y dejar que alguien te acompañe no
es una falta de fe.*

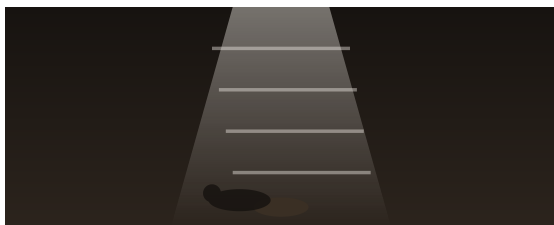
A Agar la vieron antes de que existiera cualquier instrucción sobre qué hacer después. Eso sigue siendo cierto hoy.

LA PALABRA

Génesis 16:7-8,13 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Hay algo de tu situación que sientes que a nadie le ha importado preguntarte de verdad?
 - Si alguien te preguntara hoy, como le preguntaron a Agar, «¿de dónde vienes y a dónde vas?», ¿qué responderías sin adornarlo?
-



CAPÍTULO 3

Dios está en este lugar, y yo no lo sabía

¿En qué noche de las que no elegiste reconoces ahora algo que en su momento no viste?

La tarde del 10 de marzo de 2000, alrededor de las cinco y media, llegaron en camiones unos sesenta hombres armados al corregimiento de Mampuján, en María La Baja, Montes de María, en el departamento colombiano de Bolívar. Eran del bloque Héroes de los Montes de María de las Autodefensas Unidas de Colombia, al mando de un hombre conocido como «Cadena». Reunieron a toda la población en la plaza y les anunciaron que iban a matarlos a todos, como había ocurrido un mes antes en un pueblo vecino.

La gente estuvo unas cuatro horas ahí, sin saber si iba a amanecer. Según lo que la comunidad ha sostenido desde entonces, lo que detuvo la matanza fue una llamada a uno de los mandos: la orden cambió —no tocar a nadie, pero que se fueran—. Les dieron hasta el amanecer.

En la madrugada del 11 de marzo salió el pueblo entero —más de doscientas cuarenta familias, alrededor de mil trescientas personas — a pie, en mula, con los ancianos cargados en hamacas, con la ropa envuelta en telas, convencidos de que sería cosa de un par de días. Esa misma madrugada, en el corregimiento vecino de Las Brisas, el mismo grupo mató a cerca de una docena de campesinos. En Mampuján no mataron a nadie. El pueblo se salvó, y perdió su casa la misma noche.

No fueron un par de días. En María La Baja los alojaron amontonados en una escuela, en la Casa de la Cultura y en un prostíbulo abandonado, y ahí pasaron años. Un sacerdote consiguió dinero en Italia para comprar un terreno, y ahí se levantó lo que la gente llama Mampujancito. La mayoría de las familias no ha vuelto nunca a vivir al Mampuján viejo.

Entre 2004 y 2006, en un taller de duelo, un grupo de mujeres de la comunidad, encabezadas por Juana Alicia Ruiz Hernández, empezó a coser. No cosían adornos: cosían lo que había pasado. De ahí salió la asociación Mujeres Tejiendo Sueños y Sabores de Paz, y de ahí salió un manto —«Mampuján, 11 de marzo de 2000. Día de llanto»— que hoy cuelga en el Museo Nacional de Colombia. En 2015 ganaron el Premio Nacional de Paz.

Y aquí está lo que impide cerrar este capítulo con una moraleja bonita. En 2010, la justicia condenó a dos de los responsables y ordenó reparar a las familias desplazadas; años después, muchas de ellas todavía no habían recibido nada. En 2020, Juana Alicia Ruiz recibió amenazas de un hombre que se identificó como comandante de un grupo armado, y personas desconocidas rondaron su casa. Veinticinco años después de aquella madrugada, el pueblo sigue en Mampujancito, y la mujer que cosió la memoria de su pueblo sigue necesitando protección.

Mucho antes, en otro relato de huida, hay un hombre que tampoco eligió la noche en la que Dios se le hizo presente.

“Cuando llegó a cierto lugar, se detuvo para pasar la noche, porque ya estaba anocheciendo. Tomó una piedra, la usó como almohada, y se acostó a dormir en ese lugar. Allí soñó que había una escalinata apoyada en la tierra, y cuyo extremo superior llegaba hasta el cielo. [..] Al despertar Jacob de su sueño, pensó: «En realidad, el SEÑOR está en este lugar, y yo no me había dado cuenta».” (Génesis 28:11-12,16, NVI)

Jacob no está ahí por una búsqueda espiritual: está huyendo de su hermano, que quiere matarlo, después de haberlo engañado a él y a su padre. No hay nada resuelto en su vida esa noche, ninguna disculpa pedida todavía, ninguna reconciliación. Y aun así, sin haber arreglado nada de lo que dejó atrás, tiene el sueño de la escalera. El encuentro no espera a que la persona se lo haya ganado.

Lo que Jacob dice al despertar no es que dejó de tener miedo, ni que dejó de estar solo en el sentido práctico —sigue sin casa, sigue huyendo—. Dice que había una presencia que él no había notado. Las dos cosas fueron ciertas la misma noche: la intemperie y la compañía. Y a la mañana siguiente hace algo que vale la pena mirar de cerca: toma la piedra sobre la que durmió, la levanta de pie, y la deja ahí como señal.

Ese gesto es, casi con exactitud, lo que hicieron las mujeres de Mampuján veinticinco años después, con otros materiales: tomaron la tela de la peor noche de su pueblo y la convirtieron en un manto que hoy se puede mirar de frente, en un museo, con un título que no esconde nada: «Día de llanto». La piedra de Betel y el manto de Mampuján son el mismo gesto: no negar la noche, sino ponerla de pie para que quede dicho lo que pasó ahí.

Si hoy cargas una noche que no elegiste —una casa que perdiste, un lugar del que tuviste que salir de golpe, una intemperie real o una que solo tú conoces— este capítulo no te va a decir que Dios evitó que pasara. No lo evitó, ni para Jacob ni para Mampuján. Lo que este relato sostiene es más pequeño y, creo, más cierto: que se puede reconocer una presencia en medio de lo que no se eligió, sin que eso borre el peligro ni la pérdida que sí fueron reales.

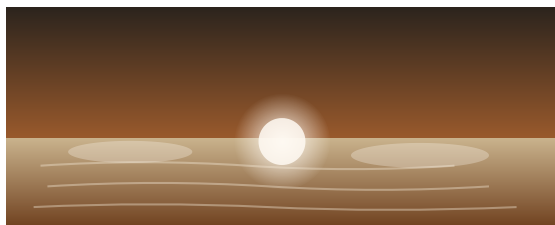
Dios estaba en este lugar, y yo no lo sabía. Las dos cosas fueron ciertas la misma noche: la intemperie y la compañía.

LA PALABRA

Génesis 28:11-12,16 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿En qué noche de las que no elegiste reconoces ahora algo que en su momento no viste?
 - ¿Qué necesitarías para dormir un poco más tranquilo esta semana, aunque sea una sola cosa pequeña?
-



CAPÍTULO 4

Bendecido y cojeando

¿Qué «cojera» te quedó de algo que sí lograste superar, y que todavía no te has permitido nombrar?

El 5 de agosto de 2010, un derrumbe bloqueó la entrada principal de la mina San José, cerca de Copiapó, en la región de Atacama, Chile, y dejó a 33 trabajadores atrapados a unos 700 metros de profundidad. Durante diecisiete días no hubo ninguna señal de que estuvieran vivos. El 22 de agosto, una sonda subió a la superficie un papel escrito a lápiz rojo: “Estamos bien en el refugio los 33”. El 13 de octubre de 2010, después de 69 días bajo tierra, salieron uno a uno por una cápsula, en directo, con el país entero y buena parte del mundo mirando. Fue una de las imágenes de la década: la escena perfecta de un rescate que terminaba bien.

El mayor de los 33 se llamaba Mario Gómez Heredia. Había empezado a trabajar en la minería a los catorce años. Fue el noveno en salir. Y salió con los pulmones destruidos: años después contó públicamente que dependía de oxígeno, con un daño por encima de la mitad de sus pulmones, y desde 2017 vivía conectado a un tubo. Padecía fibrosis pulmonar y silicosis, la enfermedad del polvo de la mina que llevaba respirando desde niño. Murió el 21 de septiembre de 2024, el mayor de los 33 y el primero de ellos en morir.

No se puede afirmar que esos 69 días le destruyeran los pulmones: llevaba desde los catorce años respirando ese mismo polvo, y no hay un dictamen médico que reparta cuánto aportó cada cosa. Lo que sí se puede decir, y basta: salió vivo delante del mundo entero, y salió enfermo. La mina le cobró la vida entera, no solo esos días bajo tierra.

Lo que pasó con los otros treinta y dos tampoco es una historia de superación. A los diez años del rescate, varios de ellos contaron, en agencias internacionales, que reciben una pensión estatal que en 2020 rondaba los 400.000 pesos chilenos, que muchos no consiguieron volver a trabajar en la mina, y que las noches siguen siendo difíciles: uno habló de soñar que vuelve a estar atrapado; otro, de que a veces le da miedo acostarse; otro dijo que preferiría que aquello no hubiera pasado nunca; el último en salir contó que las promesas que les hicieron no se cumplieron. Y en agosto de 2013, la Fiscalía de Atacama cerró la investigación penal sin acusar a nadie: ni a los dueños de la empresa, ni a ningún responsable regional. En 2015 los antiguos dueños fueron sobreseídos. Por la vía civil, un grupo de mineros ganó un juicio contra el Estado en 2018, con los recursos todavía pendientes años después. Treinta y tres hombres salieron vivos delante de mil millones de personas, y nadie fue declarado responsable de que hubieran estado ahí abajo.

Hay un relato, mucho más antiguo, sobre otra noche que deja a alguien con dos cosas verdaderas a la vez.

“Aquella misma noche Jacob se levantó [...] quedándose solo. Entonces un hombre luchó con él hasta el amanecer. [...] Entonces el hombre le dijo: —Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. [...] Cruzaba Jacob por el lugar llamado Penuel, cuando salió el sol. A causa de su cadera dislocada iba renqueando.” (Génesis 32:24,28,31, NVI)

Fíjate en que el texto no dedica ni una línea a resolver la cojera. La cuenta, junto al nombre nuevo, en la misma respiración, sin pedir perdón por ninguna de las dos. Jacob sale de esa noche con una bendición real —un nombre que le queda para siempre, que después le da nombre a un pueblo entero— y con una herida real, que tampoco le queda por un tiempo: le queda para siempre. El texto no dice que una cancele a la otra. Dice las dos.

Este es, creo, el capítulo más importante de todo este libro, porque es el que más se resiste a la fórmula que casi todos hemos oído alguna vez: que todo lo que no te mata te hace más fuerte. Eso promete un canje limpio —dolor a cambio de fortaleza—, y descarta exactamente a quien más necesita ser escuchado: quien salió de algo genuinamente cambiado, y salió también con algo que ya no cierra del todo. Mario Gómez es las dos cosas: el hombre que el mundo entero vio salir vivo de una mina, y el hombre que catorce años después murió con más de la mitad de los pulmones inservibles, sin que nadie respondiera por haberlo mandado ahí abajo.

Si tú también sobreviviste algo —una enfermedad, una pérdida, un año que no deberías haber cruzado— y sigues cargando algo de esa noche que no se te fue, este capítulo no te va a pedir que elijas entre contar la parte de la bendición o la parte de la cojera. Puedes contar las dos. Ninguna cancela a la otra.

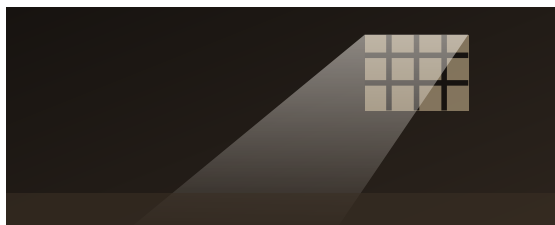
Salió con un nombre nuevo y con una cojera que no se le quitó nunca, y el texto cuenta las dos cosas sin pedir perdón por ninguna.

LA PALABRA

Génesis 32:24,28,31 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Qué «cojera» te quedó de algo que sí lograste superar, y que todavía no te has permitido nombrar?
- ¿A quién le has contado la parte de la bendición de esa historia, y a quién la parte de la cojera? ¿Son la misma persona?



CAPÍTULO 5

Sin culpa y sin salida a la vista

¿Qué injusticia sigues cargando sin que se haya resuelto, y qué has logrado sostener de ti mismo dentro de ella?

Ahmed Tommouhi y Abderrazak Mounib eran dos trabajadores marroquíes que vivían en Cataluña, España. Los detuvieron en noviembre de 1991, acusados de una serie de agresiones sexuales y robos cometidos por dos hombres a los que las víctimas de esos delitos —reales, y a quienes este capítulo no puede tratar como un detalle del caso— describieron como norteafricanos. Ninguno de los dos había hecho nada.

Los condenaron sobre la base de reconocimientos hechos por las víctimas. En 1992, un tribunal impuso a Tommouhi 24 años de prisión por dos violaciones; llegaron después otras condenas hasta sumar, cada uno, más de 150 años. En el expediente había un informe biológico sobre restos hallados en la ropa de una de las víctimas que resultaba incompatible con Tommouhi. Estaba ahí, nadie lo discutía, y el tribunal simplemente no lo tuvo en cuenta.

Mientras ellos estaban presos, los ataques que se les atribuían continuaron: nuevas víctimas siguieron identificando como agresores a dos hombres que ya estaban encarcelados. En 1995 fue detenido otro hombre, físicamente parecido a Tommouhi, por la segunda serie de agresiones. En 1997 un tribunal anuló parcialmente una de las condenas. No los soltaron.

Abderrazak Mounib no volvió a salir. Hizo varias huelgas de hambre proclamando su inocencia, tenía diabetes e hipertensión, y murió en su celda de una parada del corazón el 26 de abril de 2000, a los 48 años, con la condena todavía en pie. Nunca lo declararon inocente en vida. Nunca cobró nada.

Ahmed Tammouhi salió de la cárcel el 18 de septiembre de 2006, después de quince años. Salir no fue el final: legalmente, seguía siendo un violador condenado, y tuvo que seguir peleando. En junio de 2023, un tribunal anuló la condena principal y declaró probada su inocencia: treinta y dos años después de su detención. En 2025 cayó la última sentencia que quedaba en pie. Y en junio de 2026, el más alto tribunal de España condenó al Estado a indemnizarlo con dos millones y medio de euros. Tammouhi tiene hoy más de setenta años y problemas para moverse.

Uno de los dos fue indemnizado. El otro lleva más de veinticinco años muerto en una celda, y por él no respondió nadie. Si este capítulo contara solo a Tommouhi, contaría la mitad de la historia, y contaría la mitad falsa.

Mucho antes, hay otro hombre que también fue encerrado por algo que no hizo, sin ninguna fecha de salida.

“Y mandó que echaran a José en la cárcel donde estaban los presos del rey. Pero aun en la cárcel el SEÑOR estaba con él y no dejó de mostrarle su amor. Hizo que se ganara la confianza del guardia de la cárcel, el cual puso a José a cargo de todos los prisioneros y de todo lo que allí se hacía. Como el SEÑOR estaba con José y hacía prosperar todo lo que él hacía, el guardia de la cárcel no se preocupaba de nada de lo que dejaba en sus manos.” (Génesis 39:20-23, NVI)

Fíjate en dónde se dice que el Señor estaba con José: adentro. No después de que lo soltaran, no como premio por haber aguantado bien la injusticia. Dentro de la celda, mientras la injusticia seguía exactamente igual de intacta. El texto no dice cuánto tiempo más iba a durar —de hecho, más adelante, el copero al que José le pide que lo recuerde se olvida de él durante dos años más—. Dice, únicamente, dónde estaba Dios mientras la puerta seguía cerrada.

Eso es, creo, lo único honesto que este capítulo puede decirte si hoy cargas una injusticia que nadie ha corregido: un despido que no mereciste, una acusación falsa, un diagnóstico que nadie te explica, un sistema que te ignora. No te puedo prometer, como no se lo prometió el texto a José, que vas a salir pronto, ni que alguien va a reconocer a tiempo lo que te hicieron. Lo que sí sostiene este relato, con la misma firmeza con la que lo sostiene la historia de estos dos hombres, es que la presencia de Dios no espera a que la injusticia se resuelva para instalarse contigo. Y que, adentro de un espacio reducidísimo, incluso ahí, puede quedarte algo —una confianza que otros depositan en ti, una parte pequeña de dignidad que decides no entregar— que la injusticia grande todavía no te ha quitado.

Una pausa aquí

Si lo que sostienes hace tiempo es una injusticia que nadie corrige, y sientes que ya no te queda nada bajo tu control, vuelve al segundo capítulo: ahí dejamos abierta una puerta que también sirve para esto. No lo cargues solo.

*El Señor estaba con José allí dentro, no después de salir.
No dice cuándo iba a abrirse la puerta: dice dónde estaba
mientras seguía cerrada.*

LA PALABRA

Génesis 39:20-23 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Qué injusticia sigues cargando sin que se haya resuelto, y qué has logrado sostener de ti mismo dentro de ella?
 - ¿Qué parte pequeña de tu vida sigue estando en tus manos, aunque la parte grande no lo esté?
-

Un paso: lo que sí puedes hacer esta semana, sin prometerte que se va a resolver

No te voy a pedir que resuelvas esta semana lo que llevas cargando hace años, ni que tu espera termine, ni que la injusticia por fin se corrija. Ya te dije desde el prólogo que este no es ese libro.

Te voy a pedir algo más pequeño:

- 1 Nombra en voz alta, delante de Dios o de alguien de confianza, lo que todavía no tienes. No «seguro se va a arreglar»: «sigo sin esto». Es lo que hizo Abram antes de que llegara cualquier promesa.
- 2 Si sientes que a nadie le ha importado preguntarte cómo estás, busca esta semana a una sola persona y déjate preguntar de verdad. O pregúntaselo tú a alguien que quizás lleva tiempo esperando esa misma pregunta.
- 3 Si cargas la herida de algo que sí superaste, cuéntale a esa misma persona tanto la parte de la bendición como la de la cojera. No elijas solo una.
- 4 Si cargas una injusticia sin resolver, identifica una sola cosa pequeña que sigue estando en tus manos, por mínima que sea, y sostenla esta semana.

Y si lo que cargas es más grande que un solo gesto de esta semana —si el ánimo bajo no se levanta hace tiempo, si aparecieron pensamientos de no querer seguir— vuelve al capítulo 2. Ahí está, otra vez, el mismo permiso: decirlo en voz alta y dejar que alguien te acompañe no es una falta de fe.

Palabra de cierre

Quiero terminar con algo parecido a una bendición, sabiendo que quien mide su fe por sus momentos altos a veces necesita oírla más que nadie, y se la dice menos que nadie a sí mismo.

Que sepas, como Abram, que puedes decirle a Dios en voz alta lo que todavía no tienes, y que esa protesta no te cueste la promesa. Que si te sientes invisible, sepas que hay un Dios que te ve antes de que exista cualquier instrucción sobre qué hacer después, y que ese ver no te pide que vuelvas a ningún lugar donde te hacen daño. Que si cargas una noche que no elegiste, encuentres, tarde o temprano, algo de esa noche que puedas poner de pie para que quede dicho. Que si saliste de algo con una bendición y una cojera al mismo tiempo, no tengas que elegir cuál de las dos contar. Y que si cargas una injusticia que nadie ha corregido, sepas que la presencia de Dios no espera a que se resuelva para instalarse contigo, ahí dentro, mientras la puerta sigue cerrada.

No sé si esta semana vas a salir de la huida, de la espera o de la celda en la que estés. Nadie honesto podría prometértelo. Pero puedo decirte esto: Dios no te está esperando en la victoria. Ya está caminando contigo en la huida, en la noche que no elegiste y en la celda donde nadie te visita, y no hace falta que llegues a ningún lugar alto para que eso sea verdad.



José.

Oración

PARA REZARLA DESPACIO, EN VOZ ALTA SI PUEDES

El Dios que camina con los que huyen



*Eterno,
hoy volví a medir tu cercanía por si las cosas me
están saliendo bien, y otra vez el resultado me hizo
dudar de si todavía cuentas conmigo.*

*No te pido que me des ya lo que espero, porque no sé
si vas a dármelo pronto, y fingir que lo sé sería
mentirte a ti primero.*

*Te pido esto, que es más pequeño y más cierto: que no
olvide que puedo decirte en voz alta lo que todavía no
tengo, sin que eso me cueste tu promesa.*



*Si me siento invisible, usada para algo y después
dejada de lado, recuérdame que fui vista antes de que
existiera cualquier instrucción sobre qué hacer
después, y dame el valor de contarle, aunque sea a
una sola persona.*

*Si cargo una noche que no elegí, ayúdame a
reconocer, aunque sea despacio, lo que había ahí que
yo no supe ver.*

*Si salí de algo con una bendición y con una herida
que no se fue, no me dejes esconder ninguna de las
dos por vergüenza de la otra.*

*Y si cargo una injusticia que nadie ha corregido,
dame la honestidad de no prometerme un plazo que
no me corresponde, y la certeza de que no estoy solo
mientras la puerta sigue cerrada.*

***No me estás esperando en la victoria. Ya estás
caminando conmigo en la huida, en la noche
que no elegí y en la celda donde nadie me
visita.***

Antes de cerrar el libro

Caminamos por cinco historias que no prometieron, ninguna, un final feliz: una mujer que esperó casi ocho décadas para enterrar a su padre, mientras los familiares de más de cien mil desaparecidos siguen esperando lo mismo; otra a la que nadie preguntó cómo estaba hasta que ya no pudo responder, y a la que sus compañeras de oficio le pusieron nombre después de muerta; un pueblo que salió de su casa una madrugada y veinticinco años después sigue sin volver del todo, con su lideresa todavía amenazada; el mayor de un grupo de mineros al que el mundo entero vio salir vivo, y que murió catorce años después sin la mitad de sus pulmones, sin que nadie respondiera por ello; y dos hombres inocentes, presos por lo mismo que no habían hecho, de los cuales uno pasó quince años adentro y el otro murió preso antes de cumplir diez.

Ninguna de las cinco es una fórmula. Y aun así, cada una, desde su propio ángulo, sostiene lo mismo: la fe se cuenta antes del resultado, no después; ser visto no depende de que alguien te dé antes una instrucción sobre qué hacer; una presencia real no borra una intemperie real; una bendición y una herida pueden ser igual de ciertas al mismo tiempo; y la presencia de Dios no espera a que la injusticia se resuelva para instalarse contigo, adentro, mientras la puerta sigue cerrada.

Una pregunta para estos días, no necesariamente para hoy: si dejaras de medir la cercanía de Dios por si estás en un momento alto, y empezarás a buscarla también en la huida, en la noche que no elegiste o en la celda que sigues cargando, ¿qué cambiaría en la forma en que llevas esta semana?

No tienes que responderla ahora. Llévatela contigo, junto con el resto de este libro, a tu próxima espera, a tu próxima noche que no elegiste, a la próxima vez que sientas que tu fe solo cuenta si te está yendo bien.



**Con todo mi cariño, para ti que hoy quizás estás
huyendo, esperando o encerrado en algo que no
elegiste,
José.**

Bibliografía y fuentes

Nada de lo que leíste aquí es inventado. Cada palabra antigua y cada historia tiene su origen.

Los escritos

Todas las citas provienen de la **Nueva Versión Internacional (NVI)**, © Biblica, Inc., léidas en su contexto histórico-literario antes de citarse.

- Génesis 15 (capítulo completo leído, citado vv.1-3,5-6) — a Abram se le cuenta la fe como justicia antes de ver ningún resultado.
- Génesis 16 (capítulo completo leído, citado vv.7-8,13; el v.9 se aborda aparte, en recuadro histórico) — Agar, esclava y embarazada, huye al desierto, y le pone nombre a Dios.
- Génesis 28 (capítulo completo leído, citado vv.11-12,16) — Jacob huye de noche y sueña con una escalera.
- Génesis 32 (capítulo completo leído, citado vv.24,28,31) — Jacob lucha toda la noche y sale bendecido y cojeando.
- Génesis 39 (capítulo completo leído, citado vv.20-23) — José en la cárcel, sin culpa, y el Señor con él allí dentro.

Las historias

- Ascensión Mendieta y Timoteo Mendieta: elDiario.es Castilla-La Mancha, “Muere Ascensión Mendieta, la impulsora de la querrela argentina que consiguió recuperar los restos de su padre fusilado por el franquismo” (16 de septiembre de 2019) y “Identificado el cuerpo de Timoteo Mendieta en el cementerio de Guadalajara” (9 de junio de 2017); El Salto, “La incansable búsqueda de la memoria de Ascensión Mendieta” (2017); NPR, “Finding A Long Lost Father As Spain Exhumes Decades-Old Mass Graves” (2016); Infobae, sobre fosas y desaparecidos del franquismo (2022).
- Jeanneth Beltrán y Rafaela Pimentel: El Salto, “Trabajadoras domésticas presentan el Observatorio de Derechos en Empleo de Hogar” (19 de mayo de 2018); Observatorio Jeanneth Beltrán, sitio oficial; Wikipedia (es), “Jeanneth Beltrán” y “Rafaela Pimentel”; Swissinfo/EFE, “Rafaela Pimentel: de migrante a líder en la lucha por las trabajadoras del hogar en España” (30 de diciembre de 2024); HayDerecho y eldiario.es, sobre la ratificación del Convenio 189 (junio de 2022).
- Mampuján: Rutas del Conflicto (Verdad Abierta / Consejo de Redacción), “Masacre de Mampuján y las Brisas”; Centro Nacional de Memoria Histórica, “El pueblo que sanó con telares” (10 de marzo de 2023); VICE en Español, “Historia de un éxodo: Mampuján” (21 de enero de 2015); CeroSetenta (Universidad de los Andes), “17 años entre Mampuján y Mampujancito” (17 de mayo de 2017); El Tiempo y Comisión de la Verdad de Colombia, sobre las amenazas a Juana Alicia Ruiz.

- Mario Gómez y los 33 de la mina San José: BBC News Mundo, “10 años del derrumbe: los 33 mineros cuentan sus secuelas, decepciones y vida actual” (5 de agosto de 2020); La Tercera, “Fallece Mario Gómez, el mayor de los 33 mineros rescatados de la mina San José” (21 de septiembre de 2024); BioBioChile e Infobae, sobre su enfermedad y su muerte; Radio Universidad de Chile, “Justicia finaliza investigación en caso de los 33 mineros sin acusados” (1 de agosto de 2013); AFP/T13, “Los 33 mineros de Chile se sienten olvidados 10 años después de la hazaña” (2020).
- Ahmed Tammouhi y Abderrazak Mounib: Wikipedia (es), “Caso Ahmed Tammouhi y Abderrazak Mounib”; elDiario.es, “Ahmed Tammouhi y el precio de una vida en la cárcel siendo inocente” (junio de 2026); Vozpópuli, “El Supremo condena al Estado a indemnizar con 2,5 millones a Ahmed Tammouhi” (18 de junio de 2026); Infobae, “15 años en prisión por diez violaciones que no cometió” (6 de mayo de 2025); Euronews, “Freed after 15 years for rapes committed by his 'fake twin' in Spain” (1 de julio de 2023).

Una nota honesta

Las cinco historias de este libro involucran a personas reales, contadas a partir de hechos documentados y verificados contra fuentes primarias y periodismo confiable antes de esta edición. Varias cifras se dejaron deliberadamente aproximadas o con el piso más bajo confirmado por las fuentes —«más de doscientas cuarenta familias», «casi ocho décadas», «más de setenta años»— porque las fuentes disponibles no coincidían entre sí en el número exacto, y se prefirió la honestidad de lo aproximado antes que una cifra sin confirmar. Ninguna cita de las personas mencionadas aparece entre comillas como palabra textual suya: todo lo dicho por ellas llegó a este documento a través de resúmenes periodísticos y se parafraseó a propósito. Ninguna de las cinco historias termina en rescate. No es un descuido: es, precisamente, lo que este libro necesitaba mostrar sobre un Dios que no aparece solo cuando las cosas se resuelven bien.

FIN DEL LIBRO — EL DIOS QUE CAMINA CON LOS QUE
HUYEN

*“Un libro nuevo cada semana, para quien siente
que su fe solo cuenta en los días altos.”*

Si algo en este libro te movió, no lo guardes solo para ti: compártelo con quien hoy, a esta misma hora, está huyendo, esperando o encerrado en algo que no eligió.

Este libro es un regalo, y es tuyo. Descárgalo, compártelo, regálalo a quien hoy lo necesite: es gratis, y siempre lo será.

Somos un grupo sin ánimo de lucro. Únete a nuestra comunidad y síguenos para recibir cada libro nuevo. Cualquier ayuda cuenta y nos importa: cada vez que compartes este libro, y cada donación — dinero, alimentos o ropa— nos ayuda a crecer y a llevar este mensaje a más personas.

godlives.co

Si lo que leíste aquí tocó algo profundo y sientes que necesitas contarlo, escríbenos a través de la web, en godlives.co/necesito-ayuda: hay personas reales dispuestas a escucharte, sin que tengas que explicar nada que no quieras.

Godlives · Escrito por José Martínez · godlives.co